

# La biblioteca de David Copperfield

Emilio Pascual\*

DAVID  
COPPERFIELD

PRIMERA EDICIÓN: 1849



Charles Dickens  
(1812-1870)

Si Matilda había leído casi todo Dickens, y Mr. Todd había heredado con toda probabilidad sus obras completas, no es aventurado concluir que en sus bibliotecas se hallara *David Copperfield*, aunque no se mencione expresamente.

Si *David Copperfield* fue un libro en varias bibliotecas, David Copperfield fue un niño que, en un momento de desamparo, se refugió «en una habitación pequeña del último piso» de su casa; aquella habitación, que la imaginación entrevé tapizada de acogedora penumbra, era a su vez una biblioteca que iluminó los momentos más sombríos de la vida de su descubridor. Frank Close nos brindó la imagen de una cebolla cósmica aplicada al universo: quizá deberíamos proponer la imagen de la cebolla bíblica aplicada al mundo circular de las bibliotecas. Porque varios de los libros que leyó David contenían a su vez otra biblioteca.

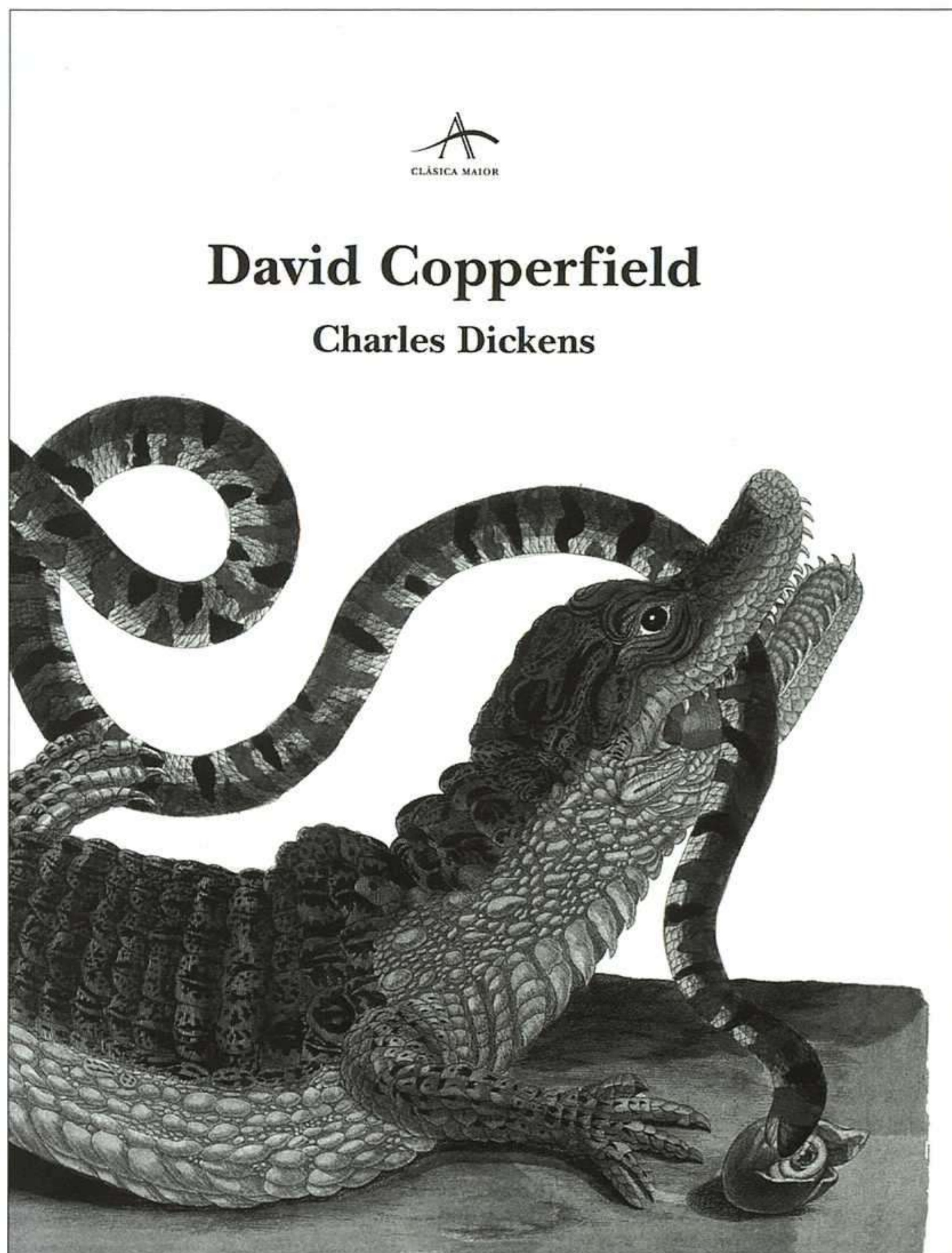
## La lectura como único consuelo

La lectura: esa menuda circunstancia que lo libró de «embrutecerse por completo». En alguna ocasión ha dicho Juan Tébar que los libros le salvaron la vida; David Copperfield dice que leía como si en ello le fuera la vida. Fue en aquella pequeña habitación del último piso donde David descubrió la colección de libros que había dejado su padre, «una pe-

queña colección de libros en la que nadie había reparado».

«De aquella bendita habitación salieron *Roderick Random*, *Peregrine Pickle* y *Humphrey Clinker*». <sup>1</sup> Allí estaban también el pícaro *Gil Blas de Santillana*, de Lesage, y *El vicario de Wakefield*, de Oliver Goldsmith, un vagabundo casi dickensiano, con el rostro picado de viuela y varias carreras inconclusas, que recorrió a pie media Europa sin más bagaje que su flauta, su habilidad para el coloquio y la controversia, y un notable sentido del humor. Allí estaban *Las mil y una noches* y los *Cuentos de los genios*. Allí, *Don Quijote* y *Robinson Crusoe*, que, como hemos visto, contenían a su vez otras bibliotecas. Allí, en fin, *Tom Jones*, que, como veremos, también encerraba la suya, tan curiosa como su curioso lector, barbero y latinista. <sup>2</sup>

Una pequeña colección de libros. «Ellos —relatará su agradecido lector— mantuvieron despierta mi imaginación y mi esperanza de una vida mejor; y no pudieron causarme el menor daño, pues, de existir algún mal en ellos, yo lo desconocía. Todavía ahora me asombra pensar cómo encontraba tiempo para leer aquellos libros, en medio de mis pesadas tareas y tropiezos. Me resulta curioso que pudieran consolarme de mis pequeños problemas (que para mí eran muy grandes), al permitirme encarnar a mis personajes favoritos... Fui Tom Jones toda una semana (Tom Jones niño, una criatura inofensiva). Fui mi propia



versión de Roderick Random un mes seguido. Leía con avidez los escasos volúmenes de viajes y expediciones —no recuerdo exactamente cuáles— que había en las estanterías... Ése fue mi único y constante consuelo. Cuando pienso en ello, recuerdo una tarde de verano en que, mientras los demás niños jugaban en el cementerio, yo leía sentado encima de la cama, como si en ello me fuera la vida. Por algún motivo, todos los graneros de la vecindad, todas las piedras de la iglesia, todos los rincones del cementerio estaban asociados en mi imaginación a aquellos libros y representaban los lugares más famosos de mis lecturas. Vi a

Tom Pipes trepar hasta el campanario de la iglesia; vi a Strap, con su morral a la espalda, detenerse a descansar junto al postigo; y estoy seguro de que el comedor Trunnion celebraba sus reuniones con el señor Pickle en una sala de la taberna de nuestra aldea». Los personajes que vio David Copperfield aquella tarde memorable procedían de las novelas de Smollett. Algunas de estas líneas de David podría haberlas escrito Bastian Baltasar Bux, cuya pasión, como todo el mundo sabe, eran los libros.

*Como si en ello me fuera la vida...* Cuenta Marcel Reich-Ranicki, en el capítulo «Historias para Bolek» de *Mi vida,*

cómo, tras su huida del gueto de Varsovia, él y su mujer fueron acogidos por el tipógrafo Bolek, «un proletario instruido..., aunque nunca lo vi con un libro en la mano». En medio de la desesperación y el hambre, logró evitar la expulsión y tal vez la denuncia y la muerte, convirtiéndose en una moderna Shahrazad. «A partir de aquel día —escribe—, en cuanto se hacía de noche, narré a diario a Bolek y Genia todo tipo de historias, durante horas, durante semanas, durante meses... Cuanto más les gustaba una historia, tanto mejor nos retribuían: con un trozo de pan, con algunas zanahorias. No inventé ninguna, ni una sola, sino que les relaté lo que recordaba: en aquella cocina lóbrega y pobre ofrecí a mis agradecidos oyentes versiones abreviadas de novelas y relatos, dramas y óperas e incluso películas descaradamente desfiguradas y reducidas a simple entretenimiento... Nuestros protectores siguieron ocultándonos, y yo continué contando en las largas veladas historias de muchachas enamoradas, de jóvenes príncipes y reyes ancianos, cuentos de invierno y sueños de noches de verano».

## David emula a Shahrazad

*Como si en ello me fuera la vida...* También las historias que David Copperfield había leído en los «días del desván» aliviaron la sordidez del próximo internado. Aquellas lecturas acabarían convirtiéndolo por un tiempo en una versión infantil de Shahrazad, y en cierto modo de Tony Last, el mejor lector que conocieron los territorios selváticos de Mr. Todd. En el internado de Salem House había un joven «bien parecido» y al menos seis años mayor que David, llamado J. Steerforth, el único que había logrado escapar a la vara y a la severidad del señor Creakle.<sup>3</sup> Steerforth había acogido a David bajo su protección, pero padecía de insomnio: cuando supo que el joven David conocía todas las historias que había leído en sus libros, dijo sencillamente: «Me cuesta mucho conciliar el sueño por las noches y suelo despertarme bastante temprano por las mañanas. Me irás contando todas esas historias, una tras otra. Será como en *Las mil y una noches*».

Como en *Las mil y una noches*. Tardó varios meses en contar las aventuras de *Peregrine Pickle*, y otro tanto las demás historias. He aquí cómo los libros salvaron otra vez su vida. «De no haber sido por mis viejos libros —confiesa David—, habría sido terriblemente desgraciado. Eran mi único consuelo; y fui tan leal con ellos como ellos lo fueron conmigo; los leí y releí, he olvidado cuántas veces». No otra cosa hubiera dicho Petrarca.

Como en *Las mil y una noches*. Sin duda fueron las imágenes perdurables de su lectura las que lo llevarían a imaginar a Jack Maldon como un Simbad moderno, «amigo inseparable de todos los rajás de Oriente», o a sospechar que un incierto lugar cerca de Guildford fuera sólo un espejismo, un don efímero de algún mago de *Las mil y una noches*, que tal vez los «dejara pasar la jornada en aquel lugar y después lo hiciera desaparecer para siempre». <sup>4</sup> Otras lecturas, como la de *Robinson Crusoe*, serán evocadas por distintos motivos; por ejemplo, cuando se sienta «más solitario que Robinson». Y cuando alquile «un pequeño apartamento amueblado, muy agradable y con vistas al río», volverá a recordar al héroe de la isla: «Era maravilloso tener para mí aquel castillo en las alturas y, al cerrar la puerta exterior, sentirme como Robinson Crusoe cuando, una vez dentro de su fortificación, retiraba la escala por la que había subido». En otra ocasión el libro le servirá como término de comparación para ponderar la longitud de las declaraciones en una causa judicial.

### De la literatura al teatro, o viceversa

¿Y qué pensaría David cuando hubo que malbaratar otra biblioteca? Durante su estancia en casa del inefable señor Micawber, la situación se hizo tan insostenible que fue preciso recurrir al empeño. Primero fueron «algunas bagatelas»; luego le tocó el turno a la biblioteca. «El señor Micawber tenía algunos libros en una pequeña alacena que él denominaba su biblioteca, y empezamos por ellos». David Copperfield, por conmiseración o por pudor, prescinde de consignar sus tí-

tulos. Acaso no ignoraba que Oliver Goldsmith —el autor de *El vicario de Wakefield*, que él había leído de niño—, tuvo que vender el libro por sesenta libras esterlinas para librarse de la cárcel por las deudas que había contraído.

No es lícito acabar esta crónica sin mencionar a Clara Peggotty, «la rolliza Peggotty», a quien David dibuja «con su hermoso cabello y su figura juvenil», como podría hacerlo Homero con una ninfa griega. Ella iluminó las brumas de su infancia, y a ella le debemos la permanencia de otro libro: «el libro de los cocodrilos».

*El libro de los cocodrilos* era en reali-

dad una adaptación que había hecho el propio Dickens de la *Historia de Sandford y Merton*, de Day. <sup>5</sup> «Una noche —relata David— Peggotty y yo estábamos sentados junto a la chimenea. Yo le había estado leyendo en voz alta una historia sobre cocodrilos. Debí de hacerlo con mucha claridad, o la buena mujer estaba muy interesada por estos animales, porque recuerdo que, cuando acabé la lectura, Peggotty tenía la vaga impresión de que eran una especie de hortalizas». Con todo, «el libro de los cocodrilos» perduró más que la vida de algunos hombres. Todavía pudo vérselo en Londres, muchos años después, si bien ya



CLAUDIA RANUCCI, CUENTOS DE LAS MIL Y UNA NOCHES, ANAYA, 2001.



ALAN MARKS, DAVID COPPERFIELD, ALBA, 1998.

«bastante deteriorado, pues muchas de sus páginas habían sido arrancadas y cosidas de nuevo». Pero Peggotty seguía enseñándoselo a los niños «como si fuera una preciosa reliquia».<sup>6</sup>

La historia de David Copperfield fue larga y rica en peripecias, pero aquí hemos de limitarnos a la de su biblioteca. Sabemos que en Covent Garden asistió a la «representación de *Julio César* y de una nueva pantomima». También, que vio representar *El extranjero*, aunque no desde luego el de Camus.<sup>7</sup> David no pudo haber leído a Reich-Ranicki, y así no sabemos si, como a él, «la literatura lo empujó hacia el teatro y el teatro hacia la literatura». Sí averiguó que la vida es un teatro con varios argumentos y un solo final: el que cierto día le vaticinaron con tristeza las campanas de la catedral, a saber, que nada perdura. Pero David había aprendido que los contratiempos de la

vida quizá proporcionan ese aire de «indulgente sabiduría» que desconoce el que nunca encontró una curva en el camino. ■

\*Emilio Pascual es escritor y editor.

#### Notas

1. Su autor, Tobias George Smollett (1721-1771) era médico, pero fracasó en el ejercicio de la medicina como en el teatro. Viajó a la India Occidental —viaje que quedó de algún modo reflejado en *Las aventuras de Roderick Random*, una novela de ambiente mariner—, y viajaría al continente. Triunfó en cambio como novelista: ya hemos visto que *Las aventuras de Peregrine Pickle* y *La expedición de Humphrey Clinker* estaban entre las preferencias de David. Tradujo a Cervantes y Voltaire. Escribió una *History of England* en dieciséis volúmenes, y una *Universal History* en seis, cosa comprensible si se tiene en cuenta que nunca el mundo fue tan grande como Inglaterra. Por puro amor a la digresión, cabría preguntarse por qué Stevenson llamó Smollett al capitán de la *Hispaniola*.

2. Aquí podríamos preguntarnos por qué lectores tan poco sospechosos como Tom Jones, David Copperfield o Tom Sawyer han sido lectores fervorosos del *Quijote*, mientras en su propia lengua es mirado con prevención, suspicacia o como «trabajo incómodo». Pero ya sé que es una pregunta retórica.

3. Del señor Creakle escribió David: «No creo que haya podido existir jamás un hombre que disfrutara tanto con su profesión como el señor Creakle. Azotaba a sus alumnos con el mismo placer que si estuviera satisfaciendo un apetito voraz... Era un bruto y un ignorante, tan poco preparado para la noble misión que desempeñaba como para ocupar el puesto de lord almirante supremo o de comandante en jefe, cargos en los que con toda probabilidad hubiera ocasionado daños infinitamente menores». Tal vez ahora se hubiera referido a los planes de enseñanza o a los sistemas educativos. Pero él no podía imaginar que aún pudiera pensarse que no es tan buen negocio la educación como la guerra.

4. El lugar es descrito con todos los ingredientes de un *locus amoenus*: «Era un rincón de gran verdor, en lo alto de una colina, tapizado de suave hierba. Había árboles frondosos, brezo, y, hasta donde alcanzaba la vista, un paisaje muy hermoso».

5. El rousseauniano Thomas Day (1748-1789) intentó aclimatar en Inglaterra los principios del pedagogo ginebrino y llegó a encargarse de la educación de dos huérfanas con la sana intención de casarse a su tiempo con una de ellas. Parece que ninguna apreció tan loable esfuerzo. No sin ironía se dijo que si Rousseau había provocado una revolución en Francia, Day había ocasionado la *Historia de Sandford y Merton* en Inglaterra.

6. Otra lectura de David, que también se hallaba en la biblioteca, fue el *Libro de los mártires*, de Fox. El libro permaneció en casa de Peggotty y nadie lo había tocado desde su partida. De John Fox o Foxe (1516-1587) sabemos que fue historiador del movimiento protestante inglés, canónigo de Salisbury y predicador de fama. El *Libro de los mártires*, escrito primero en latín y luego traducido al inglés, es una especie de martirologio protestante. Aunque David se ve «devorando sus páginas» y arrodillado «en una silla para abrir el estuche que guardaba semejante joya», confiesa no recordar «ni una sola palabra». Afortunadamente.

7. *El extranjero* fue el título que puso Benjamin Thompson en 1798 a su versión —digamos piratería— del drama *Menschenhass und Reue* [= «Misanropía y arrepentimiento»], una pieza juvenil del alemán August von Kotzebue (1761-1819), que escribió más de doscientas obras de teatro, aunque hoy apenas se recuerdan tres. «Salí tan apesadumbrado de la obra —cuenta David— que, cuando volví a casa, apenas reconocí mi rostro en el espejo». Y pues la literatura es como las cerezas, que siempre salen enlazadas, añadiré que cuando Peter Schlemihl, huyendo de su sombra ausente con las botas de siete leguas, saltó por el «estrecho de Bering a Asia», estaba reproduciendo en la ficción el sueño de Chamisso: dar la vuelta al mundo. Adelbert von Chamisso, el autor de *La maravillosa historia de Peter Schlemihl*, lo hizo como naturalista en un barco mandado por el capitán Kotzebue: Otto von Kotzebue, el hijo del autor de *Misanropía y arrepentimiento*...